

POR QUÉ VOLVÍ A LA FE
CUATRO TESTIMONIOS

1. DIOS ME BUSCABA	3
2. UNA DESPEDIDA INTERRUMPIDA	11
3. LA INTRIGA DE DIOS INSTALADA EN MI CORAZÓN	17
4. HISTORIA DE UNA SEDUCCIÓN	23
PARA REFLEXIONAR	31

En el prólogo de un libro que publicamos recientemente (AA.VV., *¿Qué creo? ¿Cómo creo? ¿Por qué creo?*, CiJ, 2008) intentamos hacer un breve análisis de lo que ha sido la veloz caída de la fe en la España nacional católica, y de los diversos caminos por donde ha ido llevando a sus protagonistas. Decíamos allí que en algunos casos se ha dado un retorno a la fe, y anunciábamos dedicar un cuaderno a testimonios de esa "vuelta a la fe".

Se trata sólo de testimonios que quisieran ser escuchados con respeto, pero que no pretenden hacer proselitismo. Sabemos demasiado cuán inescrutables son los caminos de Dios y cuánta bondad va cuajando en cada una de estas búsquedas, dolientes a veces, pero más llenas de Dios de lo que quizá piensan sus mismos protagonistas.

Léanse, pues, como textos ajenos a toda polémica que sólo piden un tiempo sereno de escucha. Constatemos su diversidad y agradezcamos a las autoras y al autor su valentía.

INTERNET: www.fespinal.com • Dibujo de la portada: Roger Torres Aguiló • Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • R. de Llúria, 13 - 08010 Barcelona • tel: 93 317 23 38 • fax: 93 317 10 94 • info@fespinal.com • Imprime: Edicions Rondas, S.L. • ISSN: 0214-6509 • ISBN: 84-9730-207-9 • Depósito legal: B-53.647-08. Febrero 2009.

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos proceden de nuestro archivo histórico perteneciente a nuestro fichero de nombre BDGACIJ inscrito con el código 2061280639. Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición pueden dirigirse a la calle Roger de Llúria, 13 de Barcelona.

1. DIOS ME BUSCABA

Laura (Barcelona)

Me llamo Laura. Nací en Barcelona, en el barrio del Valle de Hebrón, y fui a una escuela de Horta: las Dominicas. Era una escuela de niñas, pero la exclusividad femenina acabó en octavo de básica; a partir del primero de BUP entraron ya los chicos.

En la escuela aprendí religión y me hablaron de Jesús, pero de una manera, digamos, “histórica”: como de alguien que vivió hace dos mil años, hizo una serie de cosas (milagros), murió crucificado y resucitó. Un poco a la manera como se puede hablar en historia de Napoleón. Por otro lado, la religiosidad que yo recibí era la de ritos y celebraciones, sin que nadie me enseñara nunca a orar y a dirigirme a Dios, a Jesús o al Espíritu Santo. Por lo que se refiere a este último nunca comprendí exactamente qué papel jugaba en el asunto. Tal como en aquel momento correspondía, a los siete u ocho años me preparé para la Primera Comuni3n, de la cual recuerdo sobre todo el momento de la confesi3n (¡qué esfuerzos por encontrarme pecados!) y los nervios del día.

Más o menos a los once o doce años comencé a ir al *esplai* Turons. Al principio teníamos un local en el barrio de Les Corts, y luego nos trasladamos al de Sants. Era un agrupamiento escolta laico y muy catalanista, del que pude sacar muchísimas cosas, lo que hoy llamaríamos “valores”: la amistad tanto dentro del grupo como en la relación individual, el amor a la naturaleza, el esfuerzo, la estima por el país, el respeto a la montaña... También pude alcanzar unas vivencias y unas experiencias personales que no he encontrado nunca más en otros ámbitos de mi vida.

Permanecí en el grupo hasta los veinte años, incluyendo dos años como monitora.

En el decurso de este tiempo la práctica de las celebraciones religiosas –básicamente ir a misa los domingos– fue disminuyendo hasta desaparecer. No fue por una decisión que yo tomara conscientemente, sino más bien por la inercia de algo que deja de tener algún sentido y que finalmente cae por su propio peso. Yo nunca sentí que tuviera fe, ni tampoco la pedía. Nunca encontré en mi entorno (ni en la familia ni en los

amigos) una fe vivida; así que, a medida que fui creciendo, cuando dejé el colegio de monjas y comencé a escoger mis diversiones, mis grupos de amigos y mis compromisos, el cristianismo quedó simplemente fuera de mi horizonte.

A los 18 años empecé la carrera de Derecho en la Universidad de Barcelona. Para mí fue un shock muy importante, y prácticamente me llevó todo el primer año de carrera acostumbrarme a él. El impacto provenía básicamente de dos factores: en primer lugar, la libertad de que empecé a gozar, por el hecho de que nadie me conocía ni supiera nada de lo que hacía o dejaba de hacer; y, en segundo lugar, encontrarme con gente tan distinta de la del entorno en el que hasta entonces había vivido. Durante esos años, y con algunas de las personas que conocí en la Facultad, entré en contacto por primera vez con el mundo de las drogas, no porque me atrajera, sino porque era algo que tenía relativamente a mano en mi entorno. De repente, los porros y otras sustancias, antes totalmente desconocidas, se hicieron cotidianos. Con todo, mi relación personal con las drogas no tiene demasiada trascendencia ni historia: la primera vez que quise probar un porro, a las tres caladas me caí redonda al suelo.

Fueron los años del descubrimiento de las discotecas y de la noche en general. De bailar hasta altas horas de la madrugada. Me gustaba muchísimo bailar, y de hecho todavía me gusta; y, además, lo hago bien. Son los años, también, en los que descubro que gusto a los chicos y que dondequiera que vaya siempre enamoro a alguno. Esto hace que me sien-

ta importante, pero también, muchas veces, me incomoda. Son los años en que, con un grupo de amigos, nos gusta ir a las fiestas mayores importantes de los pueblos de Cataluña: las ferias de Girona, el Mercat de música viva de Vic, la Fira del Teatre de Tàrraga, la fiesta mayor de La Bisbal, etcétera. Y son también los años del nacimiento y la apoteosis del rock catalán.

La religión, la fe, creer o no creer en Dios son cosas que no entran en mi vida; y si me hago preguntas, siempre son en el nivel teórico, racional, nunca como vivencia, ya que no hay nadie en mi entorno que tenga experiencia de estas cosas. Los amigos, cuando tienen padres creyentes, siempre se refieren a ello en un tono crítico y despectivo. Por lo que a mí se refiere, aunque siempre me produce un gran respeto todo lo referente a Dios (recuerdo que decía: yo no sé si existe o no, pero aunque no lo sé me inclino a decir que sí), también tengo de ello una imagen como de algo “pasado de moda” y, sobre todo, ni me planteo que sea algo que pueda tener que ver con mi vida.

La verdad es que recuerdo esos años como muy hermosos: los años de mis primeras experiencias de muchas cosas. Para algunas estaba preparada; para otras, no. Unos años muy intensos, ya que a menudo pensaba o sentía que todo lo que me iba encontrando en el camino era más duro y más inhóspito de lo que había imaginado.

No tenía nada que ver con el mundo en el que me había educado y había crecido, y a menudo me sentía desbordada por lo que iba descubriendo y me tocaba vivir.

Pero durante todos estos años hay algo en mi vida que no funciona bien: mis relaciones sentimentales. Aparentemente tengo todo lo que se requiere para “triunfar”: soy una chica alegre, atractiva, bailo bien, soy desvuelta en mis relaciones personales. En realidad conozco a algunos chicos que, aun sin profundizar en nuestro trato, me proponen relaciones que podríamos llamar “serias”; pero hay algo que me aleja de ellos. Hay una contradicción, ya que, aunque deseo la relación, la rechazo cuando se me presenta. Y esto hace que me sienta insegura de mí misma.

A los 27 años empiezo una relación muy importante. Es la primera vez que tengo conciencia de haberme enamorado; pero, al cabo de unos nueve meses acabará en una ruptura cuyas consecuencias arrastraré durante mucho tiempo y marcarán los años siguientes de una manera decisiva. A mi inseguridad anterior se añadía ahora este fracaso. También me acompaña una sensación de pérdida, de no saber “vivir”, de no saber qué es lo que he de hacer con mi vida y, sobre todo, de no conseguir ser feliz ni saber por donde tirar para conseguirlo. No se trataba de una depresión, era más bien una inquietud vital que, a veces, se traducía en un sentimiento de culpa, de recriminación de mí misma, por no saber hacer las cosas bien hechas o, simplemente, por ser de una manera determinada o tener un carácter fuerte.

Junto a esto tenía un fuerte deseo de alcanzar la felicidad, de encontrar sentido a mi vida y de sentirme más a gusto y conforme conmigo misma. Así pues, aconsejada por un familiar, inicié

una terapia llamada *sufrología* que, durante algún tiempo, me fue muy bien. Incluso me sentía eufórica. A la vez empecé a conocer un poco el *reiki* a través de libros que me recomendaron amigas o conocidas, y entré en el mundo de las energías. Con todo, nunca me acabó de interesar demasiado, ya que siempre me preguntaba «quién era aquella persona para escribir aquellas cosas, o quien era aquél para decirme tal cosa». Todo esto, por desgracia, me distrae o capta por algún tiempo mi atención; pero luego vuelvo a sentirme igualmente tan perdida, insegura y culpable como antes.

Así pues, después de algunos años, siento que me sigue acompañando mi tristeza y el sentimiento de no saber hacia donde he de mirar para entablar una vida feliz; y, además, siento como un gran vacío interior, un vacío que hasta percibo físicamente. Recuerdo que a veces pensaba que si me hicieran una radiografía entre los pechos y el ombligo saldría que allí no había nada, como un vacío dolorosísimo.

Entonces comienzo a pensar dentro de mí misma: «¿Y si lo que te pasa es que no tienes a Dios en tu vida? ¿Y si resulta que lo que tú necesitas es Dios?». Son preguntas que me planteo como en última instancia: nunca hasta aquel momento había pensado que pudiera existir un Dios que de alguna manera pudiera actuar en mi vida. Pero, más allá de esas preguntas, no sé por donde he de empezar en la búsqueda. Si algo tengo claro es que buscaré en el cristianismo por dos razones: no me veo con ánimos para comenzar a informarme sobre todas las religiones; y, por otro lado, tengo conciencia de que mi for-

mación y mi cultura son cristianas y de que, por tanto, lo que aquí pueda hallar lo sentiré como más cercano que lo de cualquier otra religión.

Sí, esto lo tengo claro pero lo demás todo son dudas, miedos y prejuicios. Me da miedo acercarme a una Iglesia llena de gente mayor, carca y beata. Me da miedo no tener un grupo de amigos “enrollados” y de vanguardia. Me da miedo que quieran cambiarme mi manera de vestir, y que dondequiera que vaya deba ponerme esas faldas largas, camisas cerradas hasta el cuello y ropa ancha (soy presumida... ¿qué le vamos a hacer?). Me da miedo encontrarme con moralistas que me hagan sentir más culpable de lo que ya me siento. Y también... tengo mis dudas acerca de que realmente creer en Dios pueda cambiar la vida de una persona, en el sentido de que una cosa es creer en Dios y otra el día a día que toca vivir.

Ahora bien, todo mi entorno es laico, y no me puedo dirigir a ningún amigo que me pueda ayudar. Pero tengo una tía, Lluïsa, (una de las hermanas de mi madre) que es persona creyente, y lo es de una manera que a mí siempre me ha llamado la atención: se ve en su manera de vivir que es una persona de fe. Así pues, una noche voy a cenar a su casa. Cuando ya todo el mundo se había ido, me dirijo a ella y, medio avergonzada, medio atemorizada, le explico mi inquietud, esperando que me entienda y que me dé la “fórmula magistral”. No me da la fórmula, pero me habla de Jesús con una alegría en los ojos y en la cara que yo no había visto nunca. Aquello de que habla me suena muy raro y lejano, y en realidad no lo entiendo

mucho; pero me gusta oírlo y ver que ella lo cree de verdad. Intuyo que no me habla de oídas, que ella realmente lo cree. Y esto me impresiona.

De todas formas, le dije que aquello me sonaba todavía muy lejano, e intuía que antes tenía yo que llegar a creerme. Mi inquietud era cómo podría yo llegar a creer en Dios. ¿Qué tenía que hacer para tener fe? Recuerdo que a una amiga mía, que vive en Boston y con la que mantenía frecuente relación electrónica, le decía yo: «¿Te imaginas que yo tenga fe?». No sabía demasiado qué quería decir esta palabra, ni qué se había de hacer para tener fe, ni que alcance podría tener en mi vida.

Mi tía comenzó por dirigirme a diferentes personas y lugares donde tal vez me podrían ayudar. Primero a un cura que me asustó, porque al primer saludo ya pretendía que me confesara. Después a unas sesiones de oración en la catedral, en las que ya se daba por sabida o adquirida la fe, y que no eran lo que yo necesitaba en aquel momento. Hasta que me dirigí a una amiga suya, Mercè.

Quedamos en encontrarnos un día en Barcelona, en una plaza del barrio de Sants. Nos encontramos en uno de esos bares de barrio, vetusto y dejado. Recuerdo que había una tele a todo volumen, porque había fútbol y jugaba el Barça; y el bar estaba lleno de humo y de gente que hablaba a gritos. Y en una mesa, en medio de este ambiente, Mercè y yo estábamos tomando una manzanilla. No recuerdo bien qué le debí de explicar: imagino que le debí de hacer un resumen de todo lo que aquí llevo escrito, sobre todo de mis inquietudes y de

mis dudas. En un momento dado le dije: «Es que yo creo que estoy buscando a Dios». Mercè me miró con aquellos ojos suyos tan alegres y llenos de vida, y me respondió: «No, Laura, es que Dios te está buscando a ti».

Jamás me había podido imaginar que yo pudiera oír una frase como esta. En toda mi vida no me habría podido pasar por la cabeza que todo un Dios, creador del universo, del cielo y de la tierra, me pudiera andar buscando a mí, pobre persona totalmente perdida, que no sabía ni cómo encontrarse a sí misma ni que camino debía tomar para hacer su vida. ¿Todo un Dios buscándome a mí? Muy bello. ¡Demasiado bello para creerlo!

Pero..., en los ojos de Mercè, en su voz, en su manera de mirarme, de escucharme y de hablarme, había una creencia profunda y vivida en lo que me estaba diciendo. No era sólo que me lo dijera, sino que me transmitía que ella creía todo aquello; y esta fe suya me cautivaba.

Pues bien, yo seguía buscando, tal vez con un punto más de esperanza y de alegría después de la conversación que había tenido con Mercè. Seguía creyendo que sin fe no podía entender ni vivir de verdad. Y seguía dando palos de ciego en mi búsqueda.

El mismo año, hacia mayo –tal vez fuera Pentecostés– Mercè me invitó a un encuentro que un grupo de cristianos tenían en una casa de espiritualidad de los carmelitas, en Matadepera. Me dijo que tuviera toda la libertad para ir o no ir. Llegó, pues, aquel fin de semana, y, no teniendo nada mejor que hacer, decidí ir a la casa de los carmelitas.

Entonces pensé: «¿Qué haces tú aquí, Laura? ¿Qué se te ha perdido en esta casa? ¿Qué pintas tú aquí en este encuentro de creyentes? Te sentirás rarísima». Y estaba por dar la vuelta y regresar a mi casa. Pero una nueva vocecita me dijo: «No señor, Laura, no te vuelvas a casa con las manos vacías».

me miró
con aquellos ojos suyos
tan alegres y llenos de vida,
y me respondió:
«No, Laura, es que Dios
te está buscando a ti»

Entré. Los que estaban allí me ofrecieron una acogida muy cálida, cosa que me reconfortó y me dio confianza: nadie me preguntó por qué había llegado tan tarde, ni me preguntaron si iba a quedarme. Sólo recibí la alegría de hallarme entre ellos. Había mucha gente haciendo cola en unas escaleras que bajaban a un porche. A la última señora de la cola le pregunté qué esperaban, y me dijo: «Vamos a confesarnos»; e inmediatamente añadió: «¿Y tú?». Yo respondí: «Uy, no, ¡yo no!», pero no me moví de su lado mientras la cola iba avanzando. Le llegó, pues, el turno a ella; y cuando ella salió me dijo: «Vamos, mujer, entra... ¡Te sentirás muy bien!» Y entré.

Era una habitación pequeña, con una ventana por la que entraba mucha luz, y una mesa no muy grande. Allí había un hombre pequeño con un hábito de color

marrón. Lo que más me impresionó fue la mirada de aquel hombre: unos ojillos azules, pequeños y vivos, con una mirada que transmitía una ternura y una comprensión muy grandes. Creo que las personas que conocieron a Jesús debieron de sentir, y con creces, lo que yo sentí en aquella mirada de misericordia. Porque esto es lo que entonces sentí.

a medida que iba rezando
iba viendo y sintiendo
que cada palabra
se llenaba de todo su sentido,
que cada frase se hacía vida
en mi vida

Al momento supe que aquel hombre me veía por dentro, con una mirada que no me hacía ni ningún reproche, antes bien llena de estima y de perdón. Me costó un poco comenzar; pero la confianza que me daba me empujó a decirle en voz alta, a confesarle, lo que me hacía tanto mal en mi corazón. Él me escuchaba, mirándome con aquellos ojos llenos de comprensión y de misericordia, sin decirme nada. Cuando yo acabé me respondió: «Mira, Laura, Jesús entregó su vida por todos nosotros, y también por ti». Comenzaron a caerme tímidamente las lágrimas, cosa que me sorprendió, ya que hacía mucho tiempo que no lloraba. De nuevo alguien me decía una palabra que me hacía creer que a mí, Laura, que vive en Barcelona en el siglo XXI, Dios me tenía en cuenta. Después puso sus manos sobre mi ca-

beza y me dijo que mis pecados quedaban perdonados. También me impuso como penitencia que, cuando tuviera un momento de tranquilidad, rezara dos Padrenuestros. Así que terminamos, volví a donde estaban todos, comí con ellos, me despedí de Mercè y me volví a casa.

Aquella misma noche estaba yo con el ordenador estudiando en la mesa del comedor de mi casa (estudiaba Humanidades en la UOC), cuando me acordé de las palabras del sacerdote y sentí el deseo de rezar aquellos dos Padrenuestros. A medida que iba rezando iba viendo y sintiendo que cada palabra se llenaba de todo su sentido, que cada frase se hacía vida en mi vida. A la vez lloraba, con un llanto que venía de muy adentro, un llanto liberador. Cuando acabé me di cuenta de que me había quedado sin fuerzas: intenté coger un lápiz que tenía sobre la mesa, y no pude; ni podía tampoco levantarme de la silla. No tenía fuerza y, sin embargo, me sentía ligera. No me asusté nada, aunque no sabía lo que me estaba pasando. No sé cuanto rato permanecí así, pero sí sé que me quedé tranquila; y a partir de un determinado momento ya me pude levantar y me fui a dormir.

Sin embargo, después de esta experiencia, no había cambiado nada en mi vida ni en mi fe. Con todo, puedo decir ahora, pasado un tiempo, que tanto mi encuentro con Mercè como la confesión han sido dos momentos importantes en mi conversión, sin que las cosas cambiaran radicalmente de un día para otro. Yo seguía buscando la fe; y sucedió de nuevo que a través de mi tía Lluïsa me enteré de que en San Raimon de

Penyafort, en la rambla de Catalunya, se hacían unos encuentros que se llamaban “Volver a creer”. Me pareció que podía asemejarse bastante a lo que andaba buscando hacía tiempo. Un día me acerqué allí, y de nuevo me sorprendió lo que hallé: dos curas hablaban un lenguaje que se entendía, sin hacer reproches ni juicios. Ninguna exigencia de compromiso; no se daba por sabida ni aceptada ninguna forma de fe, antes al contrario, iban explicando las cosas desde cero. De los encuentros a los que asistí, que no fueron todos sino sólo algunos, recuerdo el que se dedicó a María Magdalena junto al sepulcro, cuando Jesús resucitado la encuentra llorando y le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?». Esta frase la sentí dentro de mí misma, como si Jesús me dijera: «Laura, ¿por qué lloras?», con un deseo interior muy grande de explicarlo todo, y a la vez una gran paz..., como si realmente alguien me hubiera escuchado y acogido, sin moverse ya de mi lado. Es algo que parece imposible pero es verdad.

Durante los últimos cuatro años he seguido avanzando, y mi vida ha dado una vuelta como un calcetín. No de una vez, sino poco a poco. Esto me ha permitido encajar la fe en mi vida de ma-

nera que, paso a paso, mi vida vaya siendo realmente una vida de fe. Al comienzo me sentía como un poco dividida: lo que sentía por dentro no encajaba con mi vida exterior, con la práctica. Pero Jesús ha permitido que a mi ritmo, y a medida que me iba sintiendo más fuerte y con una fe más arraigada, pudiera ir cambiando mi forma de vivir y de entender a vida. Ya no soy la de antes. La búsqueda y el encuentro de Jesús han supuesto un reencuentro conmigo misma; y esto ha sido una nueva sorpresa y regalo que he recibido: a medida que descubría a Jesús me iba reencontrando a mí misma.

Otro de los regalos que he recibido de la fe es el de tener un corazón más limpio. Yo creo que el amor de Dios limpia nuestros corazones, como si les sacase brillo: siempre me imagino a Dios con un algodón blanco en la mano sacando la suciedad de nuestro corazón, todo lo que no deja que brille, con todo el poder que Él le ha dado. Amándole a Él se le renuevan a uno las ganas de amar: unas ganas de amar más auténticas, más de acuerdo con aquello que nos predicó Jesús y que yo, en mi debilidad, he llegado a comprobar por mí misma: si yo le amo a Él, Él hará que yo pueda amar a los demás.

2. UNA DESPEDIDA INTERRUMPIDA

Antón (Bilbao)

Nací a mediados del pasado siglo en Bilbao. Como casi todos, en una familia cristiana o, mejor, “católica, apostólica y romana”. Por lo que me eduqué en un colegio de religiosos y en un ambiente que no creo necesario describir.

En el último año de colegio decidí apartarme, alejarme para siempre de todo lo que significaba ser católico, y olvidar tanto miedo como había soportado desde los cuatro años por la violencia incontenible, rebosante más bien, del juicio airado del Dios descrito y ejercido por supuestos educadores. Todavía hoy, casi cuarenta años después, les recuerdo con gran malestar y tristeza.

Acerté en mi decisión, pues significó recuperar grandes dosis de paz: nunca aceptaría más amenazas de quienes se decían servidores de Dios, y se creían superiores a quienes no abrazábamos el celibato. Ciertamente, si de vivir bien se trataba, ellos lo hacían más que razonablemente. En cuanto al celibato, decir sólo que sufrí el intento de agresión sexual de uno de aquellos personajes. Los había buenos, otros vividores, implacables y violentos. Había de todo, pero el

resultado final, es el descrito. Así lo viví o, mejor, así lo sufrí. Y me duele que así fuera, pero más el recordarlo.

Acerté de lleno: recuperé paz interior, y también mi autoestima sufrió un notable impulso: negarme a «ir a misa todos los días» en el colegio, en aquellos tiempos, no fue decisión fácil. Y trajo sus consecuencias: me expulsaron del cole, después de trece años de ser un alumno ejemplar, tímido, sumiso y buen estudiante. En mi casa se produjo una

conmoción increíble, sólo compensada, en parte, por tratarse del mes de abril, a poco más de un mes de los exámenes de preuniversitario y porque un jesuita se ofreció para acompañarme durante ese tiempo como enseñante. Sospecho que mis padres (mi padre) valoraron que era mejor que acabara en paz el bachillerato. Logré aprobarlo notablemente y, con la Universidad como horizonte, las aguas volvieron a su cauce (sobre todo porque un hermano sufría una enfermedad que ocupaba —y distraía— el corazón de los míos).

Decidí ser abogado y economista a pesar de que el psicólogo del colegio me animaba a estudiar para ingeniero aeronáutico (por mis supuestas e inexistentes dotes para las ciencias exactas y experimentales). Pero quise dedicar mi vida a defender a los que sufrieran las injusticias de los más fuertes y del poder. Así accedí a la universidad jesuita de Deusto, de gran prestigio profesional en toda España.

Con todo, nunca llegué a odiar a aquel Dios: siempre me quedó la esperanza de que, si existía, «era Amor», aunque no conmigo.

No creo necesario describir el ambiente socio-político y sus connotaciones religioso-morales, de aquellos años finales de los sesenta, en que la Iglesia, aliada con el poder político del general Franco, se convirtió, sencillamente en mi adversaria y poco a poco, en mi enemiga.

El Papa Juan, el Concilio Vaticano II, los curas obreros, la defensa de los derechos humanos y de los más pobres llegaron y los conocí de primera mano, aunque ya era tarde, al menos, para mi.

Quise a esos hermanos curas que, además de compartir horas de conversación, inquietudes y mucha esperanza conmigo, me defendieron y acogieron con grave riesgo para sus personas y sin pedirme nada a cambio. Durante más de un mes me escondieron de la policía que, meses después, me detuvo y encarceló, con graves perjuicios para ellos. Algunos se secularizaron, pero la mayoría continuó su labor pastoral defendiendo a los más pequeños de entre los que menos tenían: a los pobres, a los obreros, a los emigrantes venidos de otras tierras de la España pobre que tanta ayuda precisaban.

Contaron con mi solidaridad y gratitud inmensa, mi aliento y mi amistad, pero no con mi fe: nunca me la exigieron, me quisieron igualmente y nunca podré pagar aquella deuda de amor.

Un ejemplo de vida, pero no una vida ejemplar

He querido dedicar mi vida entera, a mi profesión como abogado y economista y, a través de ella, a quienes consideré que mejor podía defender dada mi formación: a los trabajadores. Ello se ha concretado en la defensa del empleo y la dignidad en el trabajo, la denuncia del problema de la siniestralidad laboral y, siempre, siempre, el fomento de las prácticas de “buen gobierno” y la responsabilidad social corporativa, en fin, a la ética en las empresas. Desde hace más de treinta años estoy dedicado en cuerpo y alma a la denominada “economía social” (cooperativas, sociedades laborales, etc.). Es decir a proyectos empresariales «basados en las personas»

(como bien define mi admirado y querido Koldo Saratxaga, en sus obras *Sinfonía o Jazz* y *Un nuevo estilo de relaciones*). Proyectos (léase “empresas” en la terminología habitual, que algunos deseamos ver superada) en los que las personas protagonizan y lideran su propio proyecto profesional, erradican toda tentación de una gestión jerarquizada o piramidal, y basan la misma en equipos multidisciplinares en los que libertad y responsabilidad se entrelazan inseparablemente. El hilo conductor de todo ello es la comunicación, junto con valores compartidos como la solidaridad, la justicia, la democracia, la participación, el compromiso con el entorno social y el medio ambiente. Proyectos que crecen y logran, además, rentabilidad económica, es decir, competitividad y eficiencia. Porque creer en las personas y permitir que desarrollen su capacidad de crear en equipo compartiendo valores genera unos resultados inesperados y perfectamente demostrables (me remito a las dos obras que he citado y a la experiencia que diariamente vivo en nuestro despacho).

Estos proyectos se adaptan a una “economía globalizada”, expandiéndose por China e India, México o Brasil, Marruecos o Sudáfrica, países en los que se implantan con vocación de permanencia, no para hurtar sus recursos y expatriar plusvalías o expoliarles, sino para desarrollar un proyecto común mayor y mejor, compartiendo también allí, valores, cultura y dosis de esperanza cada día mayores.

Cuando inauguramos la planta de Brasil, coincidió con la grave crisis económica que este país sufrió hace pocos

años. Tan grave que se decidió no ponerla en funcionamiento hasta que el panorama económico lo permitiera. Pero ¿y las personas? Estaban contratadas, se habían formado viniendo al País Vasco (donde está la sede social), a conocer este nuevo modelo de gestión basado en las personas. La respuesta la dieron las personas de la cooperativa y de todos sus proyectos del exterior: se pagaría – y se pagó– a las personas de Brasil todo su salario aun cuando no se pudiera abrir la fábrica. Fueron más de seis meses, y hoy la planta de Brasil es una de las que más riqueza aporta al proyecto global.

En México se subieron los salarios (tan bajos eran) y en todos los proyectos toda la gente participa de los resultados (o beneficios) económicos, en justa contraprestación por su esfuerzo y compromiso. Los ejemplos son interminables. Este breve apunte, además de autobiográfico, pretende llevar un grano de esperanza a quienes consideran, entristecidos, que la economía de mercado y la actual globalización no tienen alternativa. La tienen. Y deben tenerla pues son, sencillamente, injustas y crueles para con los más desfavorecidos, a los que ninguna oportunidad se les da para crecer y demostrar sus aptitudes y posibilidades, mientras ven morir de hambre a sus familias. Para todo esto, ni yo ni quienes están comprometidos en tan bellísima experiencia precisamos de la Iglesia, ni de la fe. Las olvidé o creí hacerlo pues sabía diferenciar la vida de “un ser humano” de cualquier otra (aunque estas otras estuvieran mejor retribuidas social y económicamente).

Y así, poco a poco, también como profesor universitario, conferenciante y estudioso, conformé una vida que, sin embargo, no me hacía feliz.

La encrucijada

No ser feliz y tenerlo todo constituyó mi realidad. Contradictoria, tal vez, pero así fue. Como hombre del primer mundo era rico. Como esposo, padre, hermano y amigo recibía (y recibo a diario) tanta vida como me permitía derrochar, dedicado como estaba a un trabajo extenuante y excluyente, celoso hasta no permitir nada que lo interfiriese.

no ser feliz
y tenerlo todo
constituyó mi realidad.
Contradictoria, tal vez,
pero así fue

Tanto es así que dediqué más de cinco años, que se dice pronto, a una terapia que me permitió descubrir o recordar tanto y tanto olvidado o escondido. Fueron cinco años muy difíciles, en los que lloré más que en el resto de mi vida. Salía a la calle con los ojos más limpios y silencioso, muy silencioso, sin ganas de hablar con nadie. Con el tiempo, decidí no volver a trabajar los días de terapia. Entonces daba un paseo antes de llegar a casa, donde mi mujer lograba que los hijos y el teléfono no interrumpieran un silencio que tanto necesitaba. También ella vivió la tera-

pia como un momento difícil pero esperanzador. ¡Cómo no la voy a querer!

Descubrí algunas heridas recibidas y otras que yo infligí a mis hermanos y, en fin, el porqué de un corazón acorazado para no permitir que me volvieran a dañar, pero incapaz de dar calor a tantos como los que sufren el frío de la soledad, la pobreza, la enfermedad o el olvido.

Y comenzó una búsqueda desordenada, sin rigor alguno. No sabía qué hacer ni a quién acudir, pero vivía mi soledad y mi vacío con desasosiego y mala conciencia, de tanto que podía disfrutar y no lo hacía. Suplí desconcierto e impotencia, con esfuerzo, tenacidad y empeño. Y busqué, buscaba..., no sé qué y solo con mi soledad. Solo.

Me acerqué a alguna formación política, pero la tentativa quedó en eso, ni llegué a llamar a una sola puerta. Trabajé modestamente en una ONG. Me aproximé, mucho intelectualmente y algo menos física o personalmente a la masonería.

Pero no, no se trataba de eso, aunque esta última experiencia me hizo recordar al Papa Juan, al Concilio Vaticano II... En un primer momento, quise quitarme de encima esa peregrina idea. Pero un día, charlando con un compañero de universidad, me sugirió con extrema prudencia que fuera unos días a retirarme a Javier, en Navarra, acompañado si lo deseaba, por alguna persona que conocía.

Francamente no sé cómo pudo ser. Estábamos en julio, el mes de más trabajo en nuestro despacho porque los proyectos para los que trabajamos desean quitarse de encima todo lo pendiente

te antes de las vacaciones de verano. Tanto que no sólo no tenemos jornada partida sino que, cuando llegamos a casa es noche cerrada y eso que en julio los días son largos.

Así, en plena locura de trabajo, llegué a Javier un tanto incrédulo, enfadado conmigo mismo por semejante capricho, preocupado por lo que dejaba e inquieto y receloso por lo que me esperaba. Finalmente decidí aprovechar cuatro inesperados días de vacaciones, en el silencio de Javier, solo y en plena naturaleza.

En casa

No puedo, desgraciadamente no sé, describir con un mínimo de precisión qué y cómo sucedió. Pero de la mano de un jesuita al que acababa de conocer, y ya para siempre amigo, me limité a abrir los ojos, liberé mis oídos y mi corazón recuperó sosiego y se conmovió.

El silencio, los largos paseos, la lectura y poder contar mi experiencia de esos momentos, me permitieron descubrir, pero no conscientemente, que había vuelto a la “Casa del Padre” y que su acogida era entusiasta y contagiosamente alegre. Así fue y así lo viví. Y la coraza que rodeaba y protegía mi corazón se desintegró de inmediato. Mi corazón de carne sangró y se esponjó, cálido y conmovido, pero feliz. Y mis ojos le vieron, sentí su caricia y calor, su abrazo infinito, y comprendí que nunca encontraría con la razón el motivo de su infinita misericordia y su capacidad de perdón.

Así re-conocí al Jesús que no anuncia el juicio implacable de Dios, sino la

proximidad del Padre que perdona. Al Reino de Dios en el que los pobres son sus preferidos porque misericordia y compasión encierran el núcleo de su mensaje, tanta es su bondad. Porque su justicia no es la justicia humana en la que debe primar la imparcialidad, sino la de Dios, que favorece al más débil.

No es un camino fácil. Como dice Javier Vitoria (presbítero, teólogo y compañero de universidad, amigo del alma y hermano querido) lo recorro con «amor y con temblor», tan débil e ignorante me reconozco.

Sólo han transcurrido siete años, y ya no puedo vivir sin Él, a pesar de cuánto me avergüenzan mis limitaciones, mis “pecados” y, sobre todo, mi indiferencia, sin duda el peor de todos. Pero lo vivo y siento junto a mí y en Él pienso. No necesito, la mayor parte del tiempo, hacer “un acto de fe” pues sé que me acompaña y que me da su amor.

me limité a abrir los ojos,
liberé mis oídos
y mi corazón
recuperó sosiego
y se conmovió

Cada día me hace más feliz compartir “comunidad” con los seguidores de Jesús. Entre ellas y ellos he encontrado ejemplos de humanidad admirables y emocionantes. Su acogida fue tan sencilla como cálida. Hasta me hacen creer que soy uno más, uno de ellos, yo que me siento y reconozco como el último y

tal vez el menos indicado. No me siento digno, a pesar de su palabra.

Así ha ido desapareciendo el vacío y la soledad, recupero grandes dosis de esperanza, vivo esta vida de otra forma y hasta mi mujer me comenta y percibe mi cambio (cosa que nunca hubiera imaginado y todavía no sé en qué lo aprecia o por qué lo dice).

Quiero amar y lo hago, tal vez por sentirme tan amado. Y en este camino, el amigo que he citado me acompaña alegre siempre y me consuela al repetirme que mis dudas, temores y decepciones, que las hay, también son las suyas; que mi conciencia es la primera de las fuentes de mis obligaciones y que debo saber vivir el perdón, yo que tanto me avergüenzo de mi mismo.

Y termino

¿Me pregunto por qué volví? Sin duda porque quise querer y porque acepté escuchar su palabra y sentir su presencia. Y como estar siempre está, desde entonces creo en su proyecto de salvación.

Pero cuando lo que escucho son las palabras de algunos miembros de la denominada jerarquía de la Iglesia española y vaticana, soy yo el que se repite algo que ya hice con diecisiete años: pero ¿qué hago yo aquí?

Solo que ahora tengo una respuesta, participar del Reino de Dios, beneficiarme de su perdón y misericordia y saber (sin dudar ni un instante) de su amor infinito, de su amor de Dios.

3. LA INTRIGA DE DIOS INSTALADA EN MI CORAZÓN

Núria Delgado

Me han pedido un testimonio de cómo llegué a la fe en Jesús. No es ésta la primera vez que se me pide. Cada vez me pregunto si debo aceptarlo, pero siempre acabo dando respuesta a la demanda, porque los argumentos de quien me lo pide suelen ser convincentes. Empezaré con una breve nota biográfica para que os podáis situar.

Nací en 1952 en una familia catalana tradicional, de pocos recursos económicos, como la mayoría de las familias de aquella época, bajo los efectos de la posguerra. Mi familia vivía un catolicismo tradicional: mi madre era practicante, es decir, iba a misa los domingos, Vía Crucis el Viernes Santo, procesión del Corpus..., y mi padre, no supe jamás si era creyente o no, simplemente y como muchos hombres más bien tenía una cierta aversión a los curas y al estamento religioso. En este contexto crecí y maduré. Quizás podríamos decir que seguía las costumbres de mi madre, discutía con mi padre, pero no sabía qué era lo que decía cuando decía «Padre nuestro».

Recuerdo que a los 16 años fui adquiriendo un punto de madurez en mí: el Jesús de la eucaristía llegó a hacerse real en mí, leía los textos del Nuevo Testamento, que llegaron a mis manos a través del párroco, y hasta conseguí llegar a relacionar aquel Jesús del evangelio con el Jesús “del sagrario”.

Precisamente por la lectura del Nuevo Testamento, hacia los 20 años empecé a entender que la utopía del Reino de Dios, aquella que se desprendía de mi lectura del libro, no llegaría jamás de manos de aquella Iglesia, que desencantaba a los jóvenes. Yo como otros muchos, había puesto mis esperanzas, quizás demasiado optimistas a

causa de mi desconocimiento de la estructura de la curia, en que después del Concilio, la Iglesia sería capaz de renovarse, de salir de su envoltorio tridentino para situarse de lleno en la segunda mitad del siglo xx, y que sería testimonio de los signos de los tiempos. Testimonio, de un Cristo viviente.

otras concepciones
ideológicas parecían ser
más eficientes,
y podían llenar
el desencanto y el vacío
que me provocaba
la institución eclesiástica

Pero no fue así. Pronto nos dieron las primeras calabazas cuando Pablo VI, responsable de llevar a término el trabajo iniciado por Juan XXIII, publicó la encíclica *Humanae Vitae* en 1968, que marcaría un retroceso respecto a la tercera constitución conciliar, la *Gaudium et Spes*. Quizás sorprenda que cite este hecho, dado que había otras muchas contradicciones, pero justamente para una adolescente confiada, en una época en la que no teníamos conocimiento de la sexualidad humana, y mucho menos de la planificación de la natalidad, y como consecuencia íbamos construyendo un criterio que como mucho, compartíamos a la hora del patio con las compañeras. La lectura de aquella encíclica fue un jarro de agua fría. La leyó todo el mundo y en el instituto supuso una revolución.

Todo esto, ya estudiando en la universidad y relacionándome con otros ambientes que no eran precisamente de Iglesia, me hizo ver (si se me permite la metáfora) que la Iglesia de mi país era como un lento paquidermo: con un peso específico importante sobre las conciencias, y que evolucionaba a paso de tortuga. La Iglesia de los pobres, de los pequeños, de los afligidos... la Iglesia de las Bienaventuranzas, no existía. En cambio en aquellos momentos, otras concepciones ideológicas parecían ser más eficientes, y podían llenar el desencanto y el vacío que me provocaba la institución eclesiástica. Me refiero concretamente al socialismo, que llegó a mí, justamente, a través de *Cristianos por el socialismo*. Esta opción, no tanto política, sino como concepción filosófica que buscaba dignificar toda vida humana, fue clave para entender lo que me sucedería un día en Moscú.

Poco a poco, aquel comienzo de maduración de la fe, fue desdibujándose hasta el punto de definirme como agnóstica. Tampoco me he situado nunca en la negación absoluta de la existencia de Dios, puesto que para ello se requiere también una argumentación que a mí, personalmente, me ha parecido siempre del todo estéril. Y me cobijé en el «no me interesa... eso no es adecuado en el siglo xx... es la razón quien da argumentos...», etcétera.

Y así va a transcurrir mi vida, ignorando a Dios y sin ninguna necesidad de Él, hasta que la última semana de mis vacaciones del año 1998, la suerte me condujo a Rusia, concretamente a Moscú y San Petersburgo. Se me hace difícil explicar lo que sucedió allí, entre

otras cosas, porque mi experiencia posterior supera con creces la de aquellos momentos, pero sí puedo decir que la visita al mausoleo de Lenin fue el inicio de una larga experiencia que acabaría dando un giro de 180 grados a mi vida. Allí dentro, en los escasos cinco minutos que permiten dure la visita, se me hizo presente la historia de mi juventud, y salí del mausoleo con la pregunta de Dios instalada en el corazón.

Yo era entonces una *guiri* cualquiera, que participaba de un viaje organizado por un *tour operator*, al que me añadí junto a tres amigos más. No tenía ningún objetivo, sencillamente estaba dispuesta a la sorpresa que el país me ofreciese. Pero la que se me dio no entraba en mis cálculos, no estaba bajo mi control.

Habíamos llegado a Moscú hacia media tarde, y nos instalamos en un gran hotel, de catorce plantas, situado en plena Plaza Roja, justo detrás de la catedral de San Basilio. Desde los grandes ventanales de la última planta del hotel, donde estaba el comedor, podíamos contemplar toda la panorámica de la Plaza Roja, con la fortaleza del Kremlin a la izquierda, y en medio de la plaza un pequeño monumento —si lo comparamos con la grandeza del conjunto— que nos dijeron que era el mausoleo de Lenin. Realmente recuerdo como algo muy impactante la visión de aquella panorámica. Contemplé largamente la fotografía en vivo, pero no podía imaginar lo que me esperaba al día siguiente.

Era un día de finales de agosto, gris y lluvioso. Un autocar nos recogió para una visita panorámica de Moscú, que concluyó en el citado mausoleo. El guía

nos explico algunas cosas curiosas antes de entrar, y nos advirtió que él se ocuparía de nuestras cámaras fotográficas, puesto que no se podían utilizar dentro del recinto, y así, medio en broma, nos decía que quienes queríamos visitar el mausoleo éramos todavía «el reducto comunista de Occidente».

Hubo que hacer una cola de tres cuartos de hora hasta llegar al mausoleo donde se halla embalsamado el cuerpo de Lenin. Había tenido que dejar mi máquina de fotografiar al guía, que me la guardaba. Aquel escenario no podía ser fotografiado. Llegué al acceso del mausoleo y los dos soldados que custodiaban el cuerpo me dijeron que mientras estuviera en el recinto, debía guardar absoluto silencio en señal de respeto. Allí estaba el cuerpo embalsamado de Lenin dentro de una urna, impecable. Una vez al año cierran el mausoleo unos días, le quitan el polvo y le dan los retoques necesarios. A mí me pareció una figura de cera.

Nos dejaron poco tiempo para estar en el recinto, unos cinco minutos. Pero en este breve tiempo, y de forma cinética, la escena me remitió a aquella época en que considerar que la religión era el opio del pueblo nos hacía parecer *progres*. Esta consigna activó mi pensamiento. El cuerpo del líder de la Revolución Soviética estaba allí presente. Había un protocolo de entrada. Todo aquello resultó un cóctel Molotov en manos de Dios. No me preguntéis por qué. Simplemente aquel fue el momento de establecer sintonía con su emisora.

Salí de allí con una carga emotiva que no esperaba, puesto que me daba

cuenta por un lado de que el aparato soviético había construido toda una religión con el líder bolchevique como centro, pero por otra, estableciendo un paralelismo, veía que eso mismo hacía nuestra cultura con Dios. Es difícil de explicar todo lo que sucedió en pocos minutos, pero sentí que aquel Dios que estaba haciéndose presente tenía que ser ajeno a cualquier encorsetamiento, un Dios desnudo, despojado de atributos. Y el desconcierto empezó a apoderarse de mí: me daba cuenta de que también nosotros, de alguna manera, utilizamos a Dios en función de nuestra conveniencia. Y si bien la religión no es el opio del pueblo, tampoco es la dueña de Dios.

fui capaz de poder aceptar
que creer era razonable:
que tiene sentido que Dios
nos haya hecho
con un corazón capaz
de conocer su Misterio

Aquellos cinco minutos en Moscú pusieron mi vida en una coctelera. El proceso acababa de comenzar, porque si esto ocurrió el primer día del viaje, los días siguientes no cesaron los estímulos, subjetivos por supuesto, que continuaban alimentando la idea surgida en el mausoleo. No obstante, y a pesar de que la idea persistía, yo estaba convencida de que aquello tendría su fin cuando regresara a Barcelona, a mi contexto habitual. Pues lo que me estaba sucediendo carecía totalmente de sentido.

Pero estaba muy equivocada. Regresé a Barcelona y aquella inquietud no solamente no desapareció sino que la pregunta sobre Dios no desaparecía de mi corazón. Me compré una lámina, *La Santísima Trinidad* de Rublyov, que enmarqué cuidadosamente. La situé en un lugar estratégico de mi sitio de trabajo, para que me sirviera de recuerdo de los iconos que había visto en las iglesias del Kremlin. Me compré también una Biblia, puesto que en casa no había ninguna, y comencé a leer, sin orden ni concierto, para buscar aquel Dios que tanta tabarra me estaba dando.

Entraba en las iglesias y esperaba encontrar alguna cosa que me revelara al Dios que buscaba. Iba también a misa y me colocaba cerca de la puerta para huir si la situación lo requería. Más de una vez lo hice porque de repente me incomodaba lo que allí sucedía. Paralelamente mi razón me recriminaba y censuraba esta conducta.

Aquellos días no fueron precisamente fáciles. La lucha entre la razón, que Dios nos ha dado, y aquel desasosiego naciente que se resistía a desaparecer, fue una experiencia muy dura; pero también fue muy constructiva cuando llegó el momento de dar acogida al don de la clarividencia de Dios.

Y así fue. El proceso duró aún dos años, hasta que fui capaz de aceptar que yo era un proyecto de Dios y no un producto del azar. Durante este tiempo, intuía que mi camino hacia Dios, si es que había de llegar a su fin, lo haría de la mano de Jesucristo que aún no ocupaba ningún lugar en mi preocupación. Recuerdo que aquellos meses viví una fuerte lucha interna entre cabeza y co-

razón, sin saber exactamente qué era lo que el corazón quería, hasta que fui capaz de poder aceptar que creer era razonable, es decir: que tiene sentido que Dios nos haya hecho con un corazón capaz de conocer su Misterio. ¿Que sentido tendría, sino, su creación?

Una vez aceptada la existencia del Creador de todas las cosas, mi vida dio un giro de 180 grados de la noche a la mañana, como ya he dicho antes. Todo tenía otra perspectiva que necesitaba ir descubriendo. Jesús de Nazaret me acompañaría en este nuevo camino pero era necesario conocerle también. Se trata de aquello que yo llamo el proceso de conversión diaria: había descubierto a Dios, pero necesitaba todavía la conversión a Jesús. En la misma línea de argumentación racional (que, de hecho, no he abandonado nunca), necesitaba sacar de mí misma una explicación. Una cosa era saber que hay Alguien que es totalmente Otro, autor de la creación, y otra, cómo relacionarme con este Otro que conozco. Yo entendí que Jesús tenía que ser quien me condujera a establecer mi relación con este Absoluto único que acababa de descubrir.

Con la paz interior que me produjo el hecho de haber aceptado a Dios en mi corazón, y con mucha más tranquilidad, surgió en mí un nuevo pensamiento. Era evidente que la Verdad que yo acababa de descubrir es solo una, pero ha de ser percibida y comprendida por toda la humanidad, puesto que todos somos criaturas de Dios. Consecuentemente, me parecía que todo el conjunto de verdades más pequeñas, repartidas por todo el mundo, tení-

an que ensamblarse alrededor de aquel misterio que es el Dios Creador, reconocido por todas las culturas religiosas. Llegada a este punto, y aceptando mi propio camino de verdad que me permitía llamar Padre a este Absoluto, y por lo tanto me daba una fórmula de relación con Él, quise conocer más cosas. Digamos que mi deseo entonces se concretó en un ansia de formación intelectual que me condujo hasta los estudios de teología, que cursé en el Institut Superior de Ciències Religioses de Barcelona.

Así he podido ir profundizando en el conocimiento de este tal Jesús, que no es un simple líder religioso, sino que es para los cristianos el Dios encarnado, como dicen los evangelios. Es sorprendente que no pueda dejar indiferente a nadie que le conoce, sea seguidor o destructor. Dicen los libros que resucitó después de muerto. Y éste es, justamente, el punto de inflexión de nuestra fe. Se trata de un hecho metahistórico, absolutamente indemostrable y totalmente fuera del alcance de la razón; pero justo aquí es donde está la frontera entre la razón y la fe que nos propone el mensaje de Jesús: la confianza en el Padre y el abandono en sus brazos, y así como Dios resucitó a Jesús de entre los muertos, así será también nuestra vida nueva después de la muerte.

Este es el motor de la conversión diaria, porque la vida es activa y diferente cada día. Si pretendemos reflejarnos en Jesús, no podemos dejar de tenerlo presente en cada una de nuestras actuaciones diarias, y como telón de fondo, como espejo donde podamos ver la confianza de Jesús en el Padre, y don-

de nosotros podamos vernos también reflejados.

la Iglesia es
lo suficientemente plural
para que todos podamos
compartir la experiencia
que cada uno ha hecho
y hace del Dios de cada día

Si la fe es un don, un regalo del buen Dios, y es así cómo lo siento, hay que trabajarla, porque aquello que creemos es tan poco tangible que nuestra misma contingencia humana fácilmente nos llevaría a perderlo si no fuera por la gracia.

Y aquí es donde juega su gran papel la comunión de la asamblea cristiana: la reunión de aquellos que creemos que Jesús de Natzaret es el rostro de Dios, y

que nos encontramos en su nombre. Este es el papel de la Iglesia. A través de la fe apostólica, alrededor de la mesa del altar, todos y cada uno de nosotros podemos renovar diariamente el misterio de la resurrección del Señor Jesús.

A pesar de que a veces la Iglesia da la sensación de monolítica, es lo suficientemente plural para que todos podamos compartir la experiencia que cada uno ha hecho y hace del Dios de cada día. Esto supera con creces el pecado estructural de nuestra iglesia: su poca identificación con nuestro mundo actual, que tanto trabajo da al Espíritu Santo, pero que nuestros oídos obstruidos no nos permiten, a veces, sentir.

Esta asamblea, que es la Iglesia, está constituida por personas humanas y el soplo del Espíritu seguro que está presente, somos nosotros los que no sabemos escucharlo del todo. Quizás la prueba puedo ser yo misma, que estuve casi 30 años sin oír para nada la voz de Dios.

4. HISTORIA DE UNA SEDUCCIÓN

Una monja contemplativa

«No puedo dejar de llorar. No sé quién soy. No me reconozco en el espejo. Esa cara, ese cuerpo..., no pueden ser míos. ¿Qué ha sido de mí? Recorro con la vista lentamente mi pequeña celda y descubro algo ovillado en el suelo que me mira suplicante. ¡Es mi yo! ¡Soy yo! He de volver a él, he de volver a él...».

Desde mi celda, en una tarde de mayo de 1984

Me gustaría poder decir que «en ese momento sonó el despertador». Pero no había reloj ni estaba durmiendo. El tiempo es una sucesión rítmica y aburrida de minutos. Estoy en prisión, en un país extranjero, habito un pequeño espacio, con poca luz y la soledad duerme conmigo. Mi aspecto físico, aunque algo recuperado, dice bien claro que la heroína ha sido huésped habitual en mi cuerpo.

Por eso necesito volver a mi yo original. La cura de desintoxicación está ayudando a reencontrarme a mí misma y ser consciente de que las emociones y actuaciones que han regido mi vida estos últimos años no son mías; no del todo al menos.

Ahora puedo preguntarme cómo he llegado hasta aquí, qué ha hecho que baje al infierno, como Dante. Quizás también el amor, como al italiano. Poner por escrito mi historia es parte de mi terapia, aunque no sea fácil. Me tiemblan las manos, no sé si podré ser sincera conmigo misma. Llevo demasiado tiempo mintiendo y me asusta lo que pueda leer.

Puedo remontarme a mi adolescencia, normal y corriente. Fui una muchacha más bien “buena”, sentía cierta inclinación por la soledad y el silencio, quizás porque estuve interna en un colegio de monjas y ellas fomentaban esos valores. Dios era alguien importante en mi vida, no lo rechazaba, incluso rondó por mi cabeza la posibilidad de ingresar

en alguna institución. Pero... bueno, eso le ha pasado a mucha gente, son cosas de la edad. Yo, como otras, rechacé esa curiosa “invitación”, aunque seguí vinculada en cierto modo a Él.

Pasaron los años y me encontré en la universidad, cursando Filosofía. Ahí me doy de bruces con que el Dios en el que creo frena mi libertad y autonomía. Sólo exigencias, sólo moralismos y, por otro lado, esa palpable ausencia ante el dolor y el sufrimiento... Influenciada por el descubrimiento de los filósofos humanistas ateos, e impactada por la racionalización, Dios se me aparece como un interrogante, como una proyección subjetiva, como una ilusión.

no necesitaba a Dios,
no me ayudaba
en mis búsquedas,
es más, me estorbaba

Un Dios al que no siento amigo de la vida pues me prohibía todo aquello que yo distinguía entonces como vida. Un Dios que calla ante el sufrimiento humano, que no da respuestas al problema del mal en el mundo. Un Dios patrimonio de una Iglesia, a la que percibo poco evangélica, intolerante, rigorista, no comprensiva ni misericordiosa, machista, aliada con los ricos y poderosos de este mundo, que chocaba con mi acusada sensibilidad por la justicia social.

Comencé a abandonar toda práctica religiosa, a liberarme de prejuicios morales y a apartarme de todo aquello que

podiera estar relacionado con Dios y con la Iglesia. Comencé a sentirme libre y a descubrir otra vida, muy diferente de la que había llevado hasta entonces. Tenía mis propias alas y quería volar, quería ser libre y ser yo, vivir por mí misma, sin necesidad de tanta presión cultural, social o religiosa. Quería alcanzar con mis manos el sol. Y para eso no necesitaba a Dios, él no me ayudaba en mis búsquedas, es más, me estorbaba.

En ese tiempo conocí a alguien que ha sido muy importante en mi vida. A él le debo grandes aprendizajes de mi existencia, y también el estar aquí ahora, en mi celda, detrás de barrotes. Me enamoré de un hombre que fue atrapado por la heroína. Y no sólo no pude sacarlo de la droga sino que me hundí con él.

Fueron años muy duros, los más duros de mi existencia. Además de quebrantar mi salud física, han logrado destrozarme mi identidad. Me vi metida en un abismo del que no podía salir. Un verdadero infierno. Me sentía satisfecha momentáneamente y olvidaba mi problema. Pero después caía en una desesperante tristeza que llegó a asustarme pues sentía firmemente en mi carne el desprecio por la vida. Mi pretensión de tocar el sol quedó como la de Ícaro: el calor derritió la cera que sujetaba mis alas de mentira y me desplomé en el abismo.

Hace unos meses, al regreso de un viaje por un país de Asia fuimos detenidos por la policía y condenados a unos años de prisión. Y aquí estoy, sola, alejada de los míos, a miles de kilómetros de mi familia. Me siento como el hijo pródigo: en un país extranjero, lejos de casa, muerta de hambre, sin dignidad.

Empiezo a añorar la casa de mi Padre donde durante tantos años he sido feliz, viviendo en armonía, en paz y con amor. Estoy cansada de no ser yo, cansada de huir. No tengo sol, ni luz, no tengo libertad para salir a la calle, no huelo la vida ni la palpo, me rodea la desesperación, la tristeza y en las manos empiezan a salirme llagas de angustia. Esta maldita soledad me corroe el alma. Estoy marcada para siempre.

Desde mi celda, en una tarde de mayo de 2008

Aquella terapia que inicié hace varios años escribiendo mi historia la retomo hoy. Creo que, como entonces, me servirá para seguir mi búsqueda interior. No soy la misma de hace veinticuatro años, aunque también escribo desde una celda. Pero en ésta sí entra el sol y desde la ventana enrejada veo el tejado de mi monasterio. Oigo a los pájaros, huelo la vida y la palpo cada amanecer, cuando me levanto para poner voz a los salmos y a los textos que millones de hombres y mujeres han usado para orar a lo largo del tiempo y del espacio. También vivo con mujeres, pero somos libres. Y, lo más importante: estoy aprendiendo a conquistar la libertad interior, la única que cuenta.

Así pues retomo esta pequeña biografía. La cura de desintoxicación hizo que pudiera verme a mí misma, y horrorizarme de lo que veía. Entonces fui consciente de que no había sido aquel hombre el que me había llevado a esa situación. Ni el ambiente de la universidad, ni las amistades que había frecuentado. Era mucho más sencillo y por eso

más complejo de detectar: yo misma había provocado esta situación, huyendo de Dios como Jonás, y me veía tragada por la ballena de la desesperación y el fracaso. Dios llevaba años buscándome y yo había echado a correr en sentido contrario. Pero era un amante celoso que no pensaba abandonar a su amor.

Esa situación límite –tocar fondo con la droga, la cárcel, tomar plena conciencia de la degradación que había supuesto mi alejamiento de Dios–, fue la experiencia decisiva que me hizo levantarme y retomar el camino de vuelta hacia al Padre. Sentí en mi carne la realidad del pecado: rechazo del Amor, daño a mí misma y a los demás. Me vi abocada a un callejón sin salida, en las garras del más absurdo sinsentido. Así se despertó en mi corazón una imperiosa necesidad de reconciliarme con Dios, que me llevó a un armisticio conmigo misma y con los demás.

Necesitaba ser purificada, restaurada, sanada, perdonada. Dios me ofrecía una liberación total, una vuelta del desierto al que me había llevado mi orgullo. Fue una de las experiencias más bellas de mi vida: me sentí inundada por la misericordia de un Dios compasivo que me acogía de nuevo con amor y llenaba mi corazón de una inmensa paz. Necesité el desierto para escuchar el potente grito de un Dios enamorado de mí.

Mi estancia en prisión fue una etapa clave en mi maduración humana y espiritual, un tiempo que viví con mucho dolor por la dureza que suponía pero con gran aceptación y serenidad interior. En ningún momento sentí rebeldía, sólo impotencia y miedo. Aproveché

ese tiempo para reflexionar sobre mi situación existencial y replantear de mi vida de cara al futuro.

La prisión fue para mí una verdadera escuela de vida. Allí entré en contacto con el mundo de la marginación y la delincuencia, desconocido hasta entonces por mí. Aprendí a ser más humana, a conocer más de cerca la dureza de la vida, a compartir el sufrimiento de mis hermanas reclusas poniéndome en su lugar y tratando de comprender su situación, a no escandalizarme de sus pecados, a no juzgar precipitadamente, pues la experiencia me decía que todos, en unas circunstancias concretas, somos capaces de cualquier cosa. Aprendí a ser más tolerante, más compasiva, a mirar con ojos de misericordia a tantas víctimas de un sistema injusto que excluye a los débiles y margina a los pequeños. Aprendí a llorar con las que lloran y a gozarme con sus alegrías, a escuchar, a aliviar heridas, y acoger vidas rotas. Aprendí, en definitiva, a identificarme un poco más con aquel Jesús al que había rechazado.

Para casi todo el mundo la experiencia de la cárcel resulta traumática, frustrante. Yo me encuentro en la excepción que confirma la regla. Salí de la prisión completamente rehabilitada, en cuerpo y espíritu, sin heridas ni traumas, ya que se me proporcionaron unos cuidados físicos y psíquicos que me ayudaron a curar mi problema de drogodependencia. Pienso que la actitud que adopté desde el primer momento me ayudó a mantenerme sana.

El funcionamiento del sistema penitenciario era bueno, no tenía nada que ver con lo que yo había escuchado y le-

ído sobre las cárceles y que me aterró en un primer momento. Nunca vi droga ni situaciones de prepotencia y agresividad, por parte de las reclusas o de las funcionarias. Aquella cárcel se asemejaba a un internado, estaba gestionada por funcionarias del Estado y religiosas que le daban un toque de humanidad. El dolor más fuerte fue mi privación de libertad y la humillación de sentirme tan degradada.

La acogida que me dio mi familia cuando volví a mi casa fue como la del padre bueno de la parábola. Una verdadera fiesta en la que ningún hermano quedó fuera. Todos celebramos con gozo mi vuelta al hogar. Mis padres fueron una auténtica parábola de Dios. Nunca salió de sus labios un reproche, una queja, una palabra que sonara a recriminación. Siempre han obviado el tema para no hacerme sentir mal. Dentro de mí pensaba: «si ellos que son humanos y pecadores reaccionan así ¿como lo hará Dios que es un Padre infinitamente bueno?».

Durante muchos años he vivido de esta experiencia de perdón, he gozado, y he llorado de emoción. El rasgo que más me habla de Dios es su misericordia infinita. La he experimentado y puedo dar fe de ello. Dios será siempre, para mí, Amor compasivo.

Mi vida fue recobrando normalidad, me incorporé al trabajo, a las prácticas creyentes. Al principio todo era novedad, ilusión pero, según pasaba el tiempo, empecé a sentirme de nuevo insatisfecha, vacía: nada ni nadie lograba saciar la sed que sentía de algo más... Un día, sin más, me encontré con que las cosas se me caían de nuevo de las

manos, la vida comenzaba a perder el poco sentido que entonces tenía para mí. Todo se me vistió de negro. Ahora veo que, en el mismo momento en que las cosas se me caían de las manos, quedaban sustituidas por otras más intensas que me invadían sin pretenderlo y me ganaron sin más esfuerzo. Dios volvía a llamarme y lo hacía, una vez más con pretensión de totalidad.

Como dice san Agustín, mientras Él estaba dentro de mí llamándome, buscándome, yo andaba perdida por fuera, gozando de las cosas hermosas que Él había creado. Él estaba conmigo y yo no estaba con Él. Me llamaba, buscaba mi entrega y yo me resistía ignorándolo, hasta que su amor infinito, quebrantó mi sordera, curó mi ceguera y quebró mi resistencia. Me tocó y desde entonces mi alma le añora, le busca, le desea... Según iba dejando que Él penetrara en mi existencia, fue apaciguándose esa sed de Verdad e infinito que siempre tuve, aunque, a veces, de forma latente.

Me retiré a un monasterio a discernir qué quería Dios de mí. Necesitaba hacer silencio profundo para escuchar su voz. Por fin yo me hice capacidad y Dios se hizo un torrente de luz, en un momento concreto del que recuerdo el día y la hora. Fue un viernes santo, en el momento de la adoración de la Cruz: le vi allí entregado por nuestros pecados, sediento de mi amor y ya, sin más resistencia, caí a sus pies y dije: «Señor, aquí me tienes, tómate para Ti». No puedo recordar el tiempo que permanecí en aquella iglesia, recogida, callada, llorando sin cesar. Un llanto sereno, gozoso, lleno de paz.

Desde ese momento decisivo supe que sería totalmente para Dios y para siempre. Ya no había más dudas: por fin, había sido alcanzada. Él había sido más fuerte y yo resulté vencida. Un abismo llama a otro abismo: sobre el abismo de mi miseria se había volcado el abismo de la misericordia de Dios.

Después de un tiempo en el que me dediqué a arreglar mis cosas, ingresé en un monasterio de vida contemplativa: las hermanas me abrieron sus puertas acoguéndome, permitiéndome hacer realidad mi deseo de consagrarme para siempre a Dios.

sobre el abismo de mi miseria se había volcado el abismo de la misericordia de Dios

Por fin respondía a su amor. ¡Qué camino había tenido que recorrer, qué de curvas y rodeos para llegar al punto de partida! Pero quizá fue necesario todo ese proceso para llegar a entregarme y a descubrir la profundidad de la libertad que da la relación con Dios.

Hoy sigo dando gracias a Dios con todo mi corazón por su inmensa misericordia y alabando su paciente bondad que puse a prueba durante mi adolescencia y juventud. Pasé un tiempo alejada de Él y, a pesar de todo, se dignó llamarme a vivir junto a Él. ¿No es desconcertante?

Puedo decir con gozo y muy alto que Dios está presente en mi vida como la

realidad más cierta que pueda existir, y que me siento amada incondicionalmente por Él, incluso en lo más imprevisible de mí misma.

Opté por la vida contemplativa porque tenía una gran fe en el poder transformador de la oración y en la fecundidad de una vida escondida con Cristo en Dios. Mi opción no fue comprendida por algunas personas que consideraban que pasaba de una prisión a otra. Eso sólo puede decirlo quien desconoce el poder liberador del amor. Sé que la vida contemplativa puede ser difícil de entender cuando hay tantas necesidades que atender en el mundo, pero la seducción es tan fuerte que, a pesar de que resulte poco racionalizable, lo experimento como lo mejor que puedo hacer. Es algo gratuito, inexplicable, que da sentido a mi vida y en lo que me reconozco.

Dios no puede
ni sabe hacer otra cosa
que amar
porque
«Dios es amor»

Me percibo a mí misma como centinela que permanece con los brazos y el corazón levantados hacia Dios, intercediendo por mis hermanos y hermanas que cargan sobre sus hombros la difícil tarea de llevar la Buena Nueva a todas las gentes. Mi misión es rogar a Dios, si así puede decirse, que vuelva su rostro misericordioso sobre sus hijos e hijas, que mire a esta pobre humanidad enfer-

ma con la misma mirada de ternura y misericordia con la que miró a la mujer adúltera, con la que acogió a María Magdalena, al hijo pródigo, y a mí misma. También, ser un recordatorio, una presencia silenciosa, un signo humilde levantado en el corazón de la Iglesia y del mundo que, desde el silencio y la soledad del monasterio, apunta a Dios, recuerda su existencia y su misterio e invita a escucharlo.

En mis ratos de oración intento abrir mi corazón al Padre y acoger su amor compasivo para hacerlo presente a través de mi vida. Descubro el corazón misericordioso de Jesús a quien se le conmovían las entrañas por el dolor y el sufrimiento de los hombres y le pido que convierta mi corazón de piedra en un corazón de carne, misericordioso como el suyo, lleno de ternura y compasión, que vibre con el sufrimiento de todo ser humano.

Cuando has llegado a experimentar así el amor misericordioso de Dios, cuando se ha hecho en la propia vida una fuerte experiencia de salvación, cuando has experimentado en tu misma carne que vivir de espaldas a Dios hace daño, cuando se ha sentido a Dios como gracia liberadora, cuando te has sentido amada, perdonada, acogida incondicionalmente, no puedes permanecer callada. Se siente una necesidad imperiosa de decir a todos que Dios es bueno, que nos ama y nos acoge a pesar de nuestro pecado, que Dios no oprime, ni amenaza sino que libera, que creer hace bien, que encontrarse con él es una suerte. Dios no quiere nuestra muerte, es amigo de la vida, quiere la felicidad y la dicha de todas sus criaturas. Dios no pue-

de ni sabe hacer otra cosa que amar porque «Dios es amor» (1 Jn 4,8).

La historia de mi vida sólo tiene un protagonista: Dios. Su amor me ha devuelto la vida. Es tan fuerte y poderoso su amor que soy incapaz de alejarme de él aun sabiendo que mi respuesta es bien pobre y mi pecado abundante.

A veces, me vienen a la mente estas palabras de la Escritura: «Me he dejado encontrar incluso por quienes no preguntaban por mí; me hallaron los que no me buscaban» (Is. 65, 1-2). Dios es tan grande que se deja encontrar incluso por los que no preguntamos por El, y de pronto es capaz de decir a cualquiera: «Aquí estoy, aquí estoy»...

Mi vida es una historia secreta de amor, de seducción entre un Dios que, desde joven, me acosaba insistentemente con pretensión de totalidad, y mi alma que, asustada, huía escurridiza de Alguien que me invitaba a darme por entero. Lucha escarnecida entre Dios y yo...entre el Todo y la nada... Dios, como un amante incansable, me perseguía hasta darme alcance, empeñado –como dice la Biblia– en «arrancarme de mi pequeño jardín para conducirme al desierto y hablarme allí al corazón». Un Dios

más fuerte que yo me vencía a fuerza de seducirme. «Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir. Tú eras más fuerte y resulté vencida» (Jer 20,8).

Y es que podemos empeñarnos en olvidar esa Presencia que nos invade día y noche, pero estamos ya marcados por un Amor que no cesa hasta alcanzarnos.

podemos empeñarnos
en olvidar esa Presencia
que nos invade día y noche,
pero estamos ya marcados
por un Amor que no cesa
hasta alcanzarnos

«Tuvieron que formárase llagas en los pies por los caminos de la lejanía y la degradación antes de encontrar el camino hacia la casa paterna y descubrir que ésta no era una prisión sino un espacio de libertad y perdón, de dignidad recuperada, y que en el centro no había un código, sino un corazón, no un tribunal sino una fiesta de música y danzas».

Aunque son pocos testimonios y muy dispersos quizá cabe fijarse en los siguientes puntos:

1. Tuvo razón Rahner al afirmar que el cristiano del siglo XXI tendría una experiencia de fe o no sería cristiano. Los testimonios muestran la importancia de la experiencia espiritual hoy, cuando la sociedad es plural y no sociológicamente cristiana: sin ella se pierde la fe al entrar en otro ambiente. Con ella se mantiene firme, aunque a la hora de formularse siempre quede corta.

2. Confirman también la razón de Bonhoeffer cuando hablaba de que estamos en un mundo no religioso, de la distinción entre fe y religión, y de que Cristo puede seguir siendo «Señor también de los no religiosos».

3. La institución eclesial ha sido factor decisivo en muchas pérdidas de fe, y obstáculo a la hora de recuperarla (aun percibiendo la necesidad de la comunidad): no sabe transmitir sino sólo imponer. Parece que no le interesa comunicar la experiencia de Dios sino salvaguardar su poder institucional e imponer a la sociedad su modo de ver las cosas.

4. Vinculación de la fe con la crueldad del mundo: si Dios es amor en un mundo como éste, ha de ser un amor “asimétrico”. Y sólo se puede serle fiel con una opción clara por las víctimas de esta historia y una lucha por la justicia para ellas.

5. Importancia de los encuentros: que si alguien se acerca sepa ser como el desconocido de Emaús que hizo que ardiera otra vez el corazón de aquellos discípulos sin esperanza.

En un *Papel* aparte ampliamos estas reflexiones acerca de las experiencias de retorno a la fe.